

ASCENDER Y DESCENDER

“*Estamos en la mejor liga del mundo*”, repetían una y otra vez los comentaristas el pasado fin de semana. Y todo porque hasta la última jornada “*quedaban cosas por decidir*” en la ACB: campeón, quién juega el play-off, quien desciende... Las emisoras de radio y las cámaras de televisión nos metían en todos los pabellones deportivos, se entremezclaban esperanzas, temores, llantos, risas... según el balón entraba o no en la canasta aquí o allá. Parecía como si no hubiera nada más, ni crisis, ni familia, ni futuro, ni exámenes... Al final del día ocurría lo mismo en torno a los votos que decidían un diputado autonómico más o menos, o el futuro alcalde...

Curiosamente hoy es el día de la **Ascensión**, y cuando vean la luz estas líneas, todavía estará por decidir los ascensos a primera, si el Cartagena podrá remontar ante el Castilla, si el Yeclano o el Lorca volverán a 2ª B, quién se llevará el anillo en la NBA, si Rafa Nadal aumenta su leyenda en Roland Garros...

Pero es más profunda la cuestión, porque todos experimentamos cotidianamente una permanente obsesión: “**ascender**”. Todos queremos permanecer en la élite de los privilegiados y poder ascender en el escalafón de la sociedad por tener dinero, por la imagen o por influencia social, y si no lo logramos nos sentimos frustrados.

La vida de Jesucristo en la tierra no fue por aquí. Su vida fue un “*servicio*” al hombre en obediencia al plan salvador de Dios. Según lo anunciado por los profetas el Mesías había de morir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y esa victoria de Jesucristo sobre la muerte lleva consigo su exaltación a la gloria por obra del Padre. **La Ascensión de Jesucristo a los cielos es la culminación de la Pascua**; sólo falta la llegada del Paráclito, del Espíritu de la Verdad. Se trata de un único misterio: Jesús, que no hizo ascos a la naturaleza humana, sino que pasó por el mundo como uno de tantos, sometido incluso a la muerte y muerte de cruz, es exaltado hasta sentarse a la derecha del Padre. ¡Qué magnífica síntesis de lo nuclear del mensaje cristiano nos ofrece San Pablo en el segundo capítulo de su carta a los Filipenses!

Creo que el mejor comentario a esta fiesta nos lo ofrece hoy el mismo apóstol en la segunda lectura (Efesios 1, 17-23). ¿Por qué no la releemos, pausada y gozosamente? Y luego os invito a repetir durante todo el día la siguiente oración: “***Cristo, tú que por amor descendiste hasta nosotros, haz que nosotros, por amor, ascendamos hasta ti***”. Para ascender es necesario descender antes. Jesucristo nos ha dado perfecto ejemplo con su anonadamiento, y la Virgen María lo explicó con absoluta claridad en el *Magnificat*. La ambición cristiana debería consistir en **ascender en santidad**. Esto significa que la humildad ha vencido a la soberbia, y el servicio a la ambición personal.

La Misión de los apóstoles es la misma misión de la Iglesia, y ¡es la nuestra!: **anunciar a todo hombre su destino de trascendencia**, elevar su espíritu, y mostrarle que el cielo está abierto, que el Amor de Dios en él es más fuerte que toda situación de muerte y dolor, que puede haber nubarrones que lo oculten, pero **que “existe el cielo”**.

Y, por cierto... te deseo lo mejor para tu o tus “*equipos*”.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM